

# Las tres dimensiones de la sociología crítica\*

Jean de Munck\*\*

¿LA SOCIOLOGÍA ES CRÍTICA O NO? LA FRACTURA PARECE DE ORIGEN Y la división irremediable. Desde su nacimiento hasta nuestros días, nuestra disciplina no ha podido cicatrizar su cortada original; dos tradiciones se confrontan en este campo. La historia de la sociología está marcada por grandes debates: el debate que opone a la famosa decimo-

.....

- \* El autor agradece a los investigadores del Centre de recherches interdisciplinaires Démocratie, Institutions et Subjectivité (Cridis) y a los asistentes de la sesión 2010 (Lausana) del Rédoc por los comentarios críticos a ese texto. El texto y las citas de otros idiomas fueron traducidos al español por Luis Martínez Andrade.
- \*\* Filósofo y sociólogo. Profesor de la Université catholique de Louvain (Bélgica). Doctor en Filosofía y Letras por la misma universidad. Es miembro y fundador del Centre de recherches interdisciplinaires Démocratie, Institutions et Subjectivité (Cridis) de la Université catholique de Louvain. Correo de contacto: jean.demunck@uclouvain.be.

Muestra de cortesía.  
Prohibida su venta  
o reproducción

primera tesis<sup>1</sup> contra la no menos famosa neutralidad axiológica; la controversia del Congreso de Tubinga de 1961<sup>2</sup>; Niklas Luhmann y Jürgen Habermas; Talcott Parsons y Alain Touraine; Seymour Martin Lipset y Alvin Gouldner; Raymond Boudon y Pierre Bourdieu.

Lejos de agotarse, la división sigue vigorosa y la polémica es lanzada nuevamente en los albores del siglo XXI. En 2002, Raymond Boudon propuso una distinción pertinente entre cuatro funciones de las sociologías: 1) la función cognitiva (en la que el paradigma es el programa TWD —programa Tocqueville-Weber-Durkheim—); 2) la función crítica; 3) la función expresiva (la redacción de ensayos del sociólogo-escritor); y 4) la función cameral (esto es, de consejo). El objetivo de Raymond Boudon no es un misterio. Se trata de reafirmar que solamente la sociología sin fin crítico y sin finalidad de expresión o de intervención merece la etiqueta de *sociología científica*. Boudon no busca establecer un equilibrio entre las cuatro funciones, sino constatar la diferencia entre la primera y las otras tres. La primera, ofrece “teorías explicativas poderosas y hace transparentes los fenómenos enigmáticos” (Boudon, 2002, p. 153); las demás, pueden ser útiles, quizá interesantes, ingeniosas, estéticas, pero definitivamente permanecen fuera del campo de la ciencia.

Como un eco, dos años más tarde, Michael Burawoy (2005a) se dirige a la American Sociological Association —de la que fue presidente—, pugnando por el reconocimiento igualitario entre cuatro tipos de sociología: 1) la sociología “profesional”; 2) la sociología crítica; 3) la sociología *policy oriented*; y 4) la sociología pública. Sin embargo,

.....

- 1 El autor hace referencia a la famosa tesis XI de las *Tesis sobre Feuerbach*, texto escrito por Karl Marx en el año 1845 y publicado por primera vez por Friedrich Engels en 1888 como apéndice a la edición aparte de su *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. En esta tesis Marx sostenía que “[l]os filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo”. [N. del E.]
- 2 A raíz del Congreso de Tubinga —que se celebró en la Sociedad Alemana de Sociología en el año 1961, y en donde se debatió sobre la lógica y la fundamentación de las ciencias sociales—, surgió la polémica —que se extenderá en los años subsiguientes— entre la sociología positivista (Popper y Albert) y la dialéctica de la escuela de Fráncfort (Adorno y Habermas). [N. del E.]

su marco epistemológico no se parece al de Raymond Boudon; para Burawoy es cierto que la existencia de una sociología “profesional” es crucial, pero esta no vive sino de los desafíos que le son lanzados por los otros tres tipos de sociología. Entre esos diferentes tipos existen fuertes tensiones y, al mismo tiempo, una necesaria interdependencia que se debe honrar e incluso institucionalizar. Burawoy sostiene que, en los Estados Unidos, la sociología *profesional* y la sociología *policy oriented* ocupan demasiado espacio en detrimento de la sociología *crítica* y de la sociología *pública* (Burawoy, 2005a; 2005b). La sociología llamada *crítica* pertenece con pleno derecho al campo académico y constituye la consciencia moral y política de la sociología profesional puesto que postula las preguntas fundamentales: por qué y para quién hacer sociología. La respuesta a estos interrogantes se nutre, por supuesto, de los desafíos que vienen del exterior de la sociología: del campo político y público.

### **Primera aproximación**

¿Cómo entender la división entre Boudon y Burawoy? ¿Dónde pasa exactamente la línea de división? En una primera aproximación, podríamos decir que la sociología puede darse como objetivo la realización de tres tareas —la composición entre estas es problemática—. La primera tarea es la de identificar lo *real social* (en oposición a lo real no-social, natural, psicológico, etc.), *describirlo* de manera metodológicamente rigurosa (*recolección de datos*), y *explicarlo* movilizándolo un adecuado aparato conceptual. Este debe dar cuenta del *por qué* y *cómo* de los fenómenos sociales. Los modelos son propuestos, desarrollados, probados, y son más o menos heterogéneos —en el sentido de Pierre Livet (1999) — en relación con las interpretaciones de los actores. De esta manera se elabora una ciencia de lo social.

La segunda tarea que puede darse una sociología es aquella de identificar los malos funcionamientos o las patologías de la sociedad. Este objetivo va más allá de una contemplación descriptiva y explicativa. Supone que lo real social sea aprehendido, por el sociólogo, en una perspectiva *evaluativa*. En efecto, la sociología puede darse por misión la de guiar (aconsejar, orientar, beneficiar, efectuar por

sí misma) una intervención en la realidad social en vista de transformarla. Esta tercera tarea debe ser distinguida de la segunda, ya que es posible portar una evaluación sobre la realidad sin comprometerse en una acción reformadora; esta acción constituye un paso cualitativamente diferente en relación con la evaluación.

La sociología cognitiva, en el sentido de Raymond Boudon, es la sociología que se limita a la primera de las tareas que enumeré, aunque ella no desdeña a aquellos que se comprometen con la segunda y la tercera tarea. Siguiendo al Max Weber de *El político y el científico*, piensa que se trata aquí de otro trabajo distinto al de la ciencia. Por el contrario, la sociología crítica es aquella que *también* tiene por objetivos la segunda y la tercera tarea —*también*, decimos bien—. Efectivamente, es importante subrayar que la ambición de la sociología crítica incluye la ambición de la sociología cognitiva, sin limitarse a esta. En efecto, si no se ajusta a los objetivos de descripción y de explicación de lo real social, ella deja de ser una *sociología* para transformarse en una *filosofía* práctica (segunda tarea), e incluso, en una *política* (tercera tarea). La filosofía práctica puede, por supuesto, desarrollar una reflexión evaluadora exigente y fijar las condiciones racionales de una intervención en lo real; pero, *reducida* a esa segunda y tercera ambición, dejaría de colaborar al proyecto *sociológico* como tal.

### **¿Qué quiere decir el nombre de *sociología crítica*?**

Aquí mi objetivo será modesto. Simplemente me gustaría contribuir a una clarificación epistemológica de la noción de *sociología crítica* puesto que demasiadas ambigüedades acompañan la discusión de este complejísimo concepto.

Mi primer objetivo es el de clarificar la *extensión* del concepto de *crítica*. Frecuentemente, su uso resulta por momentos sobreinclusivo y en otros subinclusivo. Sobreinclusivo cuando la crítica está en todas partes puesto que ella forma parte de la definición misma de la ciencia. En cambio, sub-inclusivo cuando un único programa sociológico —frecuentemente identificado por un nombre propio: Karl Marx, Pierre Bourdieu, Jürgen Habermas, Michel Foucault, etc.— vale como representante de toda crítica. Así, curiosamente,

se tiende a relacionar en Francia, desde hace treinta años, la noción de *sociología crítica* con el programa de Pierre Bourdieu. Para un alemán, por su parte, es la escuela de Fráncfort la que encarna la tradición crítica. En el caso de Inglaterra y los Estados Unidos, Michel Foucault es el *critical thinker* por excelencia. A mi juicio, ninguno de esos monopolios es obvio. La sociología crítica no constituye un programa en sentido estricto. Se trata de una categoría agrupadora, según un aire de familia, de los diferentes programas.

La noción de *programa de investigación*, elaborada por Imre Lakatos, puede, efectivamente, ser de gran utilidad (Lakatos, 1978). Un programa de investigación es para él una estructura teórica que orienta *negativamente* y *positivamente* la investigación. Negativamente cuando un programa es constituido por un núcleo duro de hipótesis muy generales que no son susceptibles de ser puestas en cuestión o falseadas durante la investigación. Así, por ejemplo, las nociones de "alienación", de "explotación" o de "clase social" son constitutivas del núcleo duro del marxismo. Es también el caso de la noción de "dominación" en el programa *bourdieusiano*. Por consiguiente, es inútil buscar, verificar o falsificar empíricamente dichas nociones. Este límite a la interrogación abre una heurística positiva de investigación porque genera una multitud de hipótesis que provocan inquietudes sobre múltiples objetos empíricos. En este caso, la potencia de un programa de investigación se evalúa por la fecundidad de investigaciones que hace posible.

A pesar de sus núcleos duros tan diferentes, e incluso irreconciliables, los programas marxistas, bourdieusiano, adorniano, habermasiano, foucaultiano, y tourainiano, constituyen ejemplos de la gran familia crítica. Esta concepción permite tratar a la sociología crítica más como una tradición que como una doctrina. En sus diferentes posturas históricas, ella experimenta posibilidades y límites, descubre o se extravía, recula o progresa. Por lo tanto, toda sociología crítica supone —como uno de sus momentos constitutivos— una crítica retrospectiva de la crítica sociológica anterior y, también, una crítica de las teorías sociales no-críticas de las que ella se desmarca. Tales debates forman la riqueza de una tradición: tengamos en cuenta el esfuerzo realizado por Max Horkheimer para pensar la religión (o el individualismo) más allá del marxismo; el de

Jürgen Habermas para discutir las posturas de Theodor W. Adorno y de Max Horkheimer sobre la racionalidad; o recientemente, el de Luc Boltanski para pensar con y contra Pierre Bourdieu<sup>3</sup>.

¿Cómo definir, entonces, a la sociología crítica *en intensidad*? La respuesta a este asunto no radica en los conceptos sustanciales que cooperan en el contenido de un programa. En particular, no se puede simplemente identificar una sociología crítica con el papel supuesto que desempeña el concepto de la dominación en la explicación del mundo social. Hay teorías críticas —aquella de Jürgen Habermas, por ejemplo— que no le otorgan a la dominación un papel a tal punto importante (porque, al contrario, para Jürgen Habermas se trata de mostrar el lugar que ocupa *de hecho* la actividad comunicacional en el proceso de integración social y de modernización). Hay teorías críticas que no hacen de la crítica de las ideologías el paradigma de toda crítica que quiere presentarse como ciencia.

Por esta razón, la especificidad de una sociología crítica debe ser buscada a un nivel más formal. Una sociología es crítica cuando busca conscientemente y explícitamente situarse en la unión de las tres dimensiones constitutivas que ya enumeré. Es todavía la definición que Max Horkheimer daba de la teoría crítica: decía él, que debía ser *explicativa, normativa y práctica*, como lo recuerda James Bohman (1996, p. 190). La integración de estas tres tareas en una práctica científica coherente constituye el objetivo de la sociología crítica. Esta se hace, por lo tanto, de una aleación conceptual muy exigente.

Dos ejes epistemológicos deben ser desplegados. Primero, un programa de sociología crítica debe buscar articular, por un lado, la

• • • • •

3 Algunas reconstrucciones parciales de estos debates ya están disponibles del lado de la escuela de Fráncfort, como el de Martin Jay (1984) quien rastrea el destino del concepto de totalidad; el de Seyla Benhabib (1986) que se centra sobre la cuestión de la base normativa; o aquella de Stéphane Haber (2009), que intenta reconstruir la discusión en torno del concepto de alienación. Una apertura de esas reconstrucciones argumentativas será deseable en dirección de la sociología crítica francófona y de la sociología crítica anglosajona.

explicación y, por el otro, la normatividad. Tal inquietud apela más que a simples precauciones epistemológicas; esta problemática hace parte del núcleo duro del programa en cuestión. Hay que completar la base cognitiva de la teoría con una base normativa, y conviene elaborar un lenguaje científico *evaluador*, asumido como tal. En segundo lugar, un programa de sociología crítica ubica el asunto de la intervención eficaz del sociólogo en lo real y, por consiguiente, su coordinación con los actores sociales. Esto supone una teoría de la comunicación sociológica. En consecuencia, la sociología crítica no puede prescindir de una teoría de la democracia y de sus actuales condiciones de realización.

Me gustaría sugerirle al lector que se puede comparar y juzgar los diferentes programas de sociología crítica con base a estos dos ejes fundamentales. Se puede también constatar los límites o constricciones de un programa cuando esas articulaciones son tratadas insatisfactoriamente.

Pero antes de desarrollar estas dos articulaciones, me gustaría regresar sobre un malentendido que es frecuente cuando se habla de *sociología crítica*. Anteriormente evoqué aquel que nace de una versión sub-inclusiva de la sociología crítica. De igual manera, no hay que caer en una concepción sobre-extensiva de la crítica que la hace prácticamente equivalente a la reflexibilidad, incluso a la ciencia o la racionalidad.

### **El uso genérico de la noción de crítica**

La primera acepción de la noción de crítica se remonta al siglo XVIII. Tanto en el nivel estético como en el filosófico, el Siglo de las Luces es, como decía Ernst Cassirer (1966), "el siglo de la crítica" (p. 275). En gran medida, la sociología es heredera de ese concepto de la crítica en dos planos.

Primero, la crítica según las Luces ataca los prejuicios (irracionales) por medio de la recta razón. En ese sentido, es claro que la sociología es hija de las Luces. Constituye un saber de lo social diferente —a veces, contradictorio— de aquel de los actores. En este primer sentido, no es falso sostener que *toda* sociología es potencialmente

*crítica*. ¿Qué hace la sociología sino combatir los *mitos*, las explicaciones sin fundamento, y los prejuicios de todo tipo, vehiculados en el seno de una sociedad? (Berger, 2006) ¿No hay pues una redundancia y tautología cuando se habla de *sociología crítica*?

Tomemos un programa poco sospechoso de inclinaciones *evaluadoras*: la etnometodología y las diversas formas de etnografías de las que se inspiraron (como la de Bruno Latour). Esta sociología no busca del todo criticar las creencias de los actores, ni *a fortiori* modificarlas. Más bien, quiere rigurosamente *describir* lo que hacen los actores, mostrar las prácticas reales de un comisariado de policía o de un laboratorio científico, de una jurisdicción administrativa o de un servicio de empresa. Los conceptos movilizados son, en la medida de lo posible, despojados de la carga evaluadora que ellos pueden portar en su uso ordinario. Se toman pocos riesgos normativos describiendo los *turnos de la palabra*, las *traducciones* y las *conexiones*. Cuando un concepto un poco litigioso emerge, como aquel de flexibilidad, se tiene cuidado en subrayar que se trata de una competencia ordinaria, la más compartida y la menos normativa, y no una "virtud académica" o política (Lynch, 2000).

Sin embargo, esta lectura de nuestro mundo social tiene efectos desestabilizadores sobre nuestras creencias más consolidadas. Todo eso que tenemos por objetos sólidos de la existencia social se disuelve, bajo el ojo del sociólogo, en procedimientos y dispositivos contingentes. Las fronteras de lo normal y de lo anormal tiemblan, las categorías más naturales pierden su carácter evidente, y las conversaciones más fluidas aparecen como trayectorias de ajustes mutuos siempre al borde de la interrupción. Cuando la descripción sociológica aborda los dispositivos socialmente codificados, los efectos pueden ser devastadores: la creencia en la pretendida *necesidad* de la ciencia colapsa bajo el punto de vista despiadado del etnógrafo. En lugar de la necesidad, vemos negociaciones que conducen aleatoriamente a "descubrimientos" científicos. Lo mismo vale para la necesidad del derecho o la necesidad económica.

No hay nada de sorprendente en esto. La sociología no valdría la pena si ella solo reforzara, repitiera y validara las creencias que mantienen los actores sobre el mundo social. De manera general, que se digan críticos o no, todos los sociólogos buscan la deconstrucción

de los prejuicios, de las versiones falsas y de los múltiples desconocimientos de lo social. Como lo escribe Jean Clam (1995):

[...] la sociología es estructuralmente crítica antes de cualquier pretensión de serlo y, por tanto, ante toda inclinación positiva de reforma o de mejoramiento social. La lógica misma de la acción social siendo latente y efectuándose detrás de una "fantasmagoría" de intenciones y de acciones manifiestas y temáticas, la sociología va adscribirse a descifrar los factores profundos de las manifestaciones sociales e interpretara a estos como las causas disimuladas [...]. (Clam, 1995, p. 339)

La teoría de la falsa consciencia es después de todo un refinamiento opcional de un gesto crítico mínimo y fundamental. Tomada en ese sentido, la crítica es consustancial de la sociología y la expresión *sociología crítica* no designa, en el conjunto de las teorías sociológicas, una familia específica de sociologías.

Segundo, tornada hacia el exterior, la sociología toma como blanco los prejuicios, fetiches y mitos sociales. Pero esta disciplina no satisface su exigencia de racionalidad sino dirigiéndose también sobre ella misma. Es crítica la ciencia que reflexiona sobre las posibilidades y los límites de su propio ejercicio. Con respecto a las posibilidades, una ciencia solo es posible cuando ella se da un objeto empírico que ella misma constituye de acuerdo con los principios racionales. Los regímenes de la prueba, los esquemas de explicación legítimos, los modos de aprehender los fenómenos empíricos, deben ser críticamente examinados tanto en el plano de la coherencia como en el de la adecuación o la pertinencia. Sobre los límites, una ciencia, al mismo tiempo, no puede saber todo y debe mantenerse alejada de las ilusiones del conocimiento. En particular, la pretensión de comprender la totalidad de los fenómenos debe ser objeto de una deconstrucción implacable. Si la totalidad es, en verdad, un ideal "regulador", ella no es una categoría "constitutiva"<sup>4</sup>. El primer fetichismo

• • • • •

4 El reproche a la "totalización ilegítima" es, durante los años sesenta, un motivo recurrente de las objeciones del campo popperiano frente a eso que llamaba la "ideología alemana" representada por Theodor W. Adorno y Jürgen Habermas (v.gr. Albert, 1987, p. 50). Sobre ese punto, no estaba equivocado.

che del que se debe desprender el científico *crítico* es, por supuesto, el fetichismo del conocimiento total, sin descanso, de la cosa-en-sí.

Se habrá reconocido en el párrafo anterior la versión kantiana de la crítica. El *criticismo* kantiano constituía, en la historia de la sociología —desde Wilhelm Dilthey y Max Weber hasta Hans Albert—, una fuente casi inagotable de reflexibilidad. Este potencial crítico también puede ser otorgado a la fenomenología, al estructuralismo y a la deconstrucción.

Parece ser, más claramente en este sentido, que la sociología no puede no ser una ciencia crítica. Como toda ciencia, ella no puede desplegarse sin doblar su búsqueda de una metainvestigación sobre sus propios principios. La historia de la ciencia y la reflexión sobre su historia nos ha enseñado que la epistemología de la sociología no existe *a priori* (al contrario de lo que se podría esperar de un kantismo ortodoxo aplicado a las ciencias de la sociedad). Ningún canon de la sociología es identificable en el gran cielo de la epistemología. Una crítica vigilante y continua es necesaria.

### **El problema de David Hume**

Así, los usos *aufklärer* de la noción de crítica no se prestan a mucho debate. En ese sentido, ninguna sociología puede no ser crítica. Pero el problema no se detiene allí. Colocada en una segunda dimensión, la noción de crítica deviene mucho más contenciosa. La sociología se convierte en efecto *crítica* (sin redundancia) si ella pretende, por diversas razones, cruzar el límite supuestamente absoluto entre el *ser* y el *deber ser*.

¿Podemos hacer sociología sin lanzar, sobre la sociedad, una mirada cargada de presupuestos normativos? Frente a esta pregunta, una primera posición sería la del sociólogo positivista. Esta no le reconoce a la sociología más que una competencia descriptiva y explicativa-comprensiva. De manera totalmente complementaria,

• • • • •

La sociología crítica debió hacer un gigantesco esfuerzo para separarse de ciertas cargas *hegelianas* que grababan sus hipótesis. Un cierto *regreso a Kant* fue, en todo caso, inevitable.

el filósofo político y social pretende soslayar la sociología para decir eso que debe ser la sociedad. Así, por ejemplo, John Rawls construye en su teoría de la justicia las instituciones de una sociedad justa sin jamás referirse a un saber *sociológico empírico* sobre el estado de la sociedad existente.

El positivismo se funda sobre eso que podemos llamar *la prohibición de Hume*: nada permite cruzar la frontera por razones *lógicas*. De la *explicación verdadera* de las creencias falsas, no se podría deducir la crítica moral y política del grupo social que las sostiene; de la revelación de mecanismos de dominación detrás de las creencias interiorizadas por los actores, no se podría pasar a la *crítica* de ese poder sino solamente constatar *que hay* poder y dominación en una sociedad dada. Se puede describir el funcionamiento de una sociedad, explicando la cadena de causas y de los efectos, pero no se puede formular al respecto un juicio evaluativo, ni mucho menos, una perspectiva reformadora.

A dicho problema lógico se agregan las razones *morales*<sup>5</sup>. En la medida en que las creencias de los actores son producidas y reproducidas en el seno de una forma de vida, el juicio evaluativo del sociólogo no podrá ser sino imperialista. Esto puede ser justificado por dos razones. Por un lado, se puede sostener que no hay verdad objetiva y que toda creencia es relativa al contexto en el que se forma. Este relativismo incluye la creencia en la objetividad de la ciencia, especialmente sociológica (o antropológica). La otra posición es más matizada. Esta no consiste en negar que la creencia del sociólogo sea más objetiva que aquella del actor, o que ciertos valores sean más válidos que otros, sino en cuestionar el derecho del sociólogo a perturbar las condiciones de reproducción de una forma de vida.

Con mucho gusto sostendría que una sociología se convierte en crítica, en sentido no genérico sino específico del término, cuando esta intenta refutar esas dos posiciones fundamentales,

• • • • •

- 5 Las corrientes posmodernas en sociología y en antropología han subrayado concretamente esos problemas morales, sobre todo, en nombre de un rechazo al imperialismo occidental y en nombre de un relativismo epistemológico y moral muy radical.

la epistemológica y la moral. En el plano lógico, contrariamente a David Hume, se da la *inevitabilidad* del cruce de la supuesta barrera que separa el *is* de *ought to be* en las ciencias sociales. Esta es, por ejemplo, la posición de Charles Taylor cuando destaca que es imposible dar una explicación en ciencias sociales que no esté hermenéuticamente conectada con los juicios de valor. Para explicar esto, movilizamos un *conceptual framework* que siempre induce una forma de evaluación de la realidad.

Podemos decir que un determinado marco explicativo secreta una noción de bien y un conjunto de valoraciones que no pueden ser eliminadas —aunque ellas pueden ser arrasadas— a menos que acabemos con el marco. Por supuesto, porque los valores pueden ser eliminados, solo podemos decir que el marco tiende a sostenerlos, no que establezca su validez. Pero esto es suficiente para mostrar que la neutralidad de los hallazgos de la ciencia política no es lo que se pensaba ser (Taylor, 1985, p. 90).

Aquí la noción capital es la de *secreción* de una posición evaluadora por una teoría explicativa. La explicación sociológica no puede no ser interpretada como un apoyo, o al contrario una crítica, de un grupo o una postura (moral, política) en el seno de la sociedad.

Tomemos por ejemplo la explicación de la religión propuesta por la teoría de la elección racional (TER). Ciertamente, la TER puede enunciar sus postulados (su *framework*) como postulados no-axiológicos (la axiología es dejada a los contenidos de las preferencias inestables de los actores), es decir, como postulados *formales*. Sin embargo, esos postulados inducen una cierta lectura de la versión “correcta” de la religión, en contra de una versión no correcta. Con razón, Michael Ott subraya que, al reducir las iglesias a empresas de servicios, la TER induce una *evaluación* del comportamiento religioso sobre el modo, moralmente muy connotado, de la sociedad civil occidental y de los valores individualistas y de consumo que caracterizan esta forma de vida (Ott, 2006). Así, pretendiendo describir y explicar de manera “neutra” el comportamiento religioso, la TER secreta (*secrète*) una valoración que va a descalificar las experiencias más colectivas y más políticas de la religión.

Apoyándose sobre el mismo razonamiento, Andrew Sayer hace un llamado a las críticas marxistas de la economía ortodoxa pretendidamente *value-free*:

La explicación del beneficio en la economía neoclásica en términos de la eficiencia marginal del capital, secreta juicios de valor diciendo que es un justo retorno a los capitalistas. La explicación propuesta por el marxismo secreta el juicio de que es una apropiación injusta del trabajo excedente por parte del capital. (Sayer, 2000, p. 160)

La sociología crítica sostiene, por consiguiente, que una ciencia que se pretende reflexiva no puede hacer caso omiso de los juicios de valor secretados por su explicación del mundo. Sin duda se debe agregar que una cosa es decir que un marco conceptual de explicación secreta el *deber-ser*; y otra cosa es decir que los valores así secretados son *válidos* en tanto que valores. Los juicios de valor exigen una justificación complementaria a aquella que preside la construcción de un marco conceptual explicativo de los hechos.

### **No existe la sociología crítica sin base normativa**

Una sociología que acepta este razonamiento hermenéutico (y pragmático<sup>6</sup>) entra en un procedimiento que supone que algunas condiciones sean cumplidas. La primera condición es el rechazo del relativismo integral en materia de juicios de valor. Actualmente, el relativismo moral se encuentra en boga, ya que encaja muy bien con el liberalismo moral que se impone como *doxa* en el mundo capitalista. Es verdad que el dogmatismo es lo contrario de una posición racional; pero afirmar que es posible justificar ciertas posiciones éticas, no implica necesariamente defender un *dogmatismo* moral. Es solamente afirmar que los valores no son simplemente preferencias subjetivas o datos contextuales. Puede que algunos

• • • • •  
6 La porosidad entre ser y deber-ser constituye uno de los rasgos distintivos del pragmatismo filosófico. El paso entre *is* y *ought to be* es asumido con plena consciencia por una filosofía que rechaza desligar el predicado "verdadero" de las relaciones prácticas que mantienen el mundo y su observador.

de ellos lo sean, pero otros no, porque pueden pasar una prueba de plausibilidad racional al igual que los enunciados científicos constatados. La sociología crítica es imposible sin tal afirmación mínima de defensa de la racionalidad moral.

La segunda condición es que la base normativa del sociólogo crítico debe ser explicitada y también visibilizada, argumentada y validada como debe ser, en principio, su base epistemológica cognitiva. Luc Boltanski se asombraba de que Pierre Bourdieu nunca explicitó el concepto normativo de igualdad que su crítica tan estimulante suponía (Boltanski, 1990, p. 130). Este señalamiento de Luc Boltanski recuerda el de Jürgen Habermas quien, con mucho tacto, le cuestionó a Theodor W. Adorno que su base normativa era un poco ligera frente a la magnitud de su proyecto de teoría crítica. En resumen, como lo sintetiza Andrew Sayer,

[c]ualquier ciencia social que reclame ser crítica debería tener un punto de vista desde el cual su crítica es realizada, ya sea dirigida a las ilusiones populares que apoyan la desigualdad y las relaciones de dominación o a las causas del sufrimiento y frustración. Pero es extraño que esta ciencia social crítica descuide, en gran medida, reconocer y justificar este punto de vista. Por ejemplo, una rica comprensión de las formas en que el poder es incorporado en el espacio social ha sido desarrollada. Aunque es, generalmente, aceptado que el poder no es totalmente negativo, la escritura en esa área es innegablemente crítica en tono y, sin embargo, le otorga poca atención a las implicaciones normativas, a cómo las cosas deben ser diferentes". (Sayer, 2000, p. 172)

Tomemos el caso de la explicación política. Si es imposible dar una explicación de los disfuncionamientos de la democracia sin apoyarse en una visión normativa mínima de la democracia, entonces pertenece a una empresa racional exponer esta visión normativa y dar cuenta de ella en el debate de la *filosofía política* como en el de la *ciencia política*. Lo mismo vale para la sociología: la descripción de un funcionamiento en términos de dominación o de violencia simbólica es válida si la doble condición se explicita. Por un lado, se necesitan procedimientos de identificación de los comportamientos pertinentes, los predicados de su descripción y los esquemas causales supuestos de la explicación; y, por el otro lado, es válida

si la condición de justificar las evaluaciones (denuncias y aprobaciones) implícitas en esta descripción/explicación, se cumple. Sin esta segunda parte del esfuerzo científico, el sociólogo hace pasar "en fraude" las evaluaciones (¿cómo se le puede reprochar tanto a Pierre Bourdieu como a la teoría de la elección racional!).

### **¿Cuál base normativa para la sociología crítica?**

¿Cuál es la base normativa de una sociología crítica? En este nivel de la discusión, se abren tres vías: 1) procedural; 2) sustancial; y 3) en términos de relaciones fundamentales al mundo interno, externo e intersubjetivo.

Sabemos cómo Jürgen Habermas allanó el camino hacia una base crítica *procedimental*. Remontándose no tanto a los principios semánticos sino a los principios pragmáticos de la validación, generó una gramática discursiva que da cuenta de la competencia crítica de los actores. Los actos de habla son estructurados de manera implícita por pretensiones de validez que no pueden ser honradas más que por una discusión sin restricciones. Detallado y desplegado en una *ética de la discusión*, este principio procedimental suministra un modelo normativo de comunicación lograda y, del mismo modo, permite reconocer y nombrar las distorsiones de la comunicación. La crítica de las ideologías no debe apoyarse más sobre una *ciencia* (materialista o dialéctica) que diría, en contra de las ilusiones de los actores, aquello que es de la verdadera realidad y que explicaría las *ilusiones objetivas* en las que son debatidas. Se trata más bien de apoyarse en esta base discursiva para realizar una crítica terapéutica de los discursos y de las prácticas. Si seguimos a Jürgen Habermas, la base normativa procedimental presenta los aspectos "casi trascendentales" que, por definición, son transcontextuales. Que esto sea verdad o no, no impide, como lo dice James Bohman, que el sociólogo crítico deba buscar, en los contextos particulares, las normas implícitas que perturban a la comunicación (Bohman, 2000). Un trabajo empírico es necesario en este punto.

Se puede decir que una base normativa es *sustancial* si ella suministra principios materiales de evaluación. Estos principios pueden tratar sobre la justicia o sobre la vida buena, como dicen los

filósofos. Por lo tanto, ¿vale la noción normativa de *igualdad* movilizada por muchos sociólogos para hacer aparecer un *real social* fundamentalmente injusto? La problemática de las discriminaciones es uno de los terrenos donde la sociología se ha mostrado especialmente útil. Pero no es seguro que los sociólogos siempre se hayan comportado de manera racional ya que ellos, frecuentemente, han dejado en la sombra la definición normativa del concepto del que ellos hacían gran caso. Ahora bien, el sociólogo progresa en cientificidad explicitando su escala de valores implícitos. Al respecto, la crítica pretendida *inmanente* no es suficiente porque, como lo dice Luc Boltanski, “la simple descripción de las desigualdades ejerce un efecto de selección y de determinación y encierra en ella misma una definición vaga e implícita de aquello que debería ser la igualdad” (Boltanski, 1990, p. 130) (adivinamos que este señalamiento de Boltanski se dirige a Pierre Bourdieu).

Sin embargo, hay que notar que una base normativa sustancial puede ser más o menos completa, ampliada y abierta a la revisión. En este difícil debate, una solución, que podríamos decir de facilidad, consiste en ceñirse a afirmaciones axiológicas en favor de la “autonomía” y de la “emancipación”. En realidad, esto no compromete gran cosa, puesto que la cuestión continúa en saber qué contiene la noción de autonomía o de emancipación.

No podemos dejar de pensar —por ejemplo, leyendo el libro de Luc Boltanski *Dé la Critique* (2009)—, que su base normativa continúa subdeterminada porque esta se contenta con hacer de la autonomía el bien supremo, como lo remarca Joan Stavo-Debauge (2011). Sin embargo, en la acción práctica, otros valores, que complican el marco normativo, merecen una consideración. No más que los actores, el observador no puede prescindir de una jerarquización de los valores plurales. El asunto difícil es el de saber en qué medida el sociólogo crítico debe empujar la explicación de su base normativa.

Una tercera forma de la base normativa consiste en la valorización de una actitud, de una relación con el mundo, de un supuesto fundamental y floreciente, relativizado por otras relaciones posibles con el mundo. Así, la crítica de inspiración *hegeliana*, fenomenológica

o bourdieusiana, frecuentemente jugó sobre oposiciones entre los tipos de relaciones con el mundo con una fuerte pretensión crítica: se puede oponer al derecho abstracto, el derecho concreto (Georg Wilhelm Friedrich Hegel); a la actitud escolástica, la actitud práctica (Pierre Bourdieu); a la relación reificada, el mundo la sensibilidad antipredicativa (fenomenológica); a las prácticas de identificación, la apertura al *todo Otro* (primera generación de la escuela de Fráncfort, deconstrucción), etc. En todas sus versiones (algunas compatibles y algunas incompatibles entre ellas), es puesta en posición normativa una relación fundamental con el mundo que sería desconocida, aplastada, vilipendiada y despotencializada por otras prácticas derivadas (o en todo caso *denigradas*). El asunto teórico fundamental consiste entonces en la puesta al día de este principio esencial de apertura al mundo. Es así, por ejemplo, que se puede comprender el debate que opone a marxistas y fenomenólogos en torno al concepto de *reificación* como un debate que aporta menos sobre las patologías (hay fuertes consensos para reconocer por ejemplo la *commodification* como patología) que sobre las bases normativas a partir de estas patologías que son identificadas como tales (Honneth, 2007).

Procedural o material o actitudinal, la base normativa no se inserta en una sociología sino mezclándose con las descripciones y explicaciones del mundo. El problema epistemológico mayor de la sociología crítica radica, por lo tanto, en la elaboración de nociones e hipótesis evaluativas que resisten a dos series de prueba: de un lado, deben poder ser justificadas a nivel normativo; y, de otro lado, deben poder ser mostradas en el funcionamiento de la realidad social. Pienso que todo el vocabulario de una sociología crítica responde a este doble sistema de expectativas. Nociones como "alienación", "explotación", "violencia simbólica", "ideología" son de tipo bifaciales y se mezclan inextricablemente norma y observación. Hoy podemos tomar nota del surgimiento de programas en ciencias sociales que cumplen plenamente con derecho con esta exigencia pospositivista. Es por ejemplo el caso de la sociología del reconocimiento de Axel Honneth (extendida en Francia por Emmanuel Renault) que articula una base crítica actitudinal y una base moral sustancial.

En la obra de Amartya Sen, encontramos también un ejemplo muy acabado de una teoría social de ese género que articula una moral sustancial con un componente procedural. La noción de igualdad, según Amartya Sen, se convierte en objeto de una discusión normativa ajustada, digna de la más exigente filosofía política y moral<sup>7</sup>. Contrasta su concepto de igualdad de capacidades con el concepto *rawlsiano* de igualdad de recursos y con la tradición utilitarista. Todo esto da a los sociólogos indicaciones normativas suficientemente fuertes para no confiar únicamente en los actores cuando se trata de articular un juicio de valor. En efecto, no hay que perder de vista que esos actores pueden ser víctimas de “preferencias adaptativas” y de “errores de posición”, como lo subraya citando a Karl Marx. Por otra parte, lejos de ser un monomaniaco de la igualdad, Amartya Sen responde favorablemente a una pluralidad de valores de los que no niega su carácter algunas veces contradictorio. Las capacidades que vislumbra son múltiples porque reenvían a dimensiones de realización humana que no son reductibles a un único canon.

Sin embargo, esta discusión normativa no es realizada para reducir la *capability approach* a una filosofía política. Al contrario, la clarificación normativa realizada por Amartya Sen induce heurísticamente la construcción de *indicadores* que permiten construir una *objetividad empírica*. Y sabemos la importancia de los trabajos de Amartya Sen en la discusión contemporánea sobre los indicadores alternativos de la prosperidad (Cassiers, 2011). En suma, el compromiso normativo del investigador no es contradictorio con una objetividad descriptiva y explicativa. Como he insistido, el pragmatismo contemporáneo (Richard Rorty y Hilary Putnam estarían de acuerdo en este punto) no es contradictorio sino en una versión falsa de la objetividad, una versión pre-crítica, aquella que confunde objetividad científica y realidad absoluta.

• • • • •

7 Para una profunda presentación de Amartya Sen en esta perspectiva evaluadora y pragmática, véase la obra de la colección *Raison pratiques* que le fue dedicada (De Munck y Zimmermann, 2008).

**Crítica sociológica o crítica social:  
¿instrumentalización o reflexibilidad?**

La sociología crítica no se contenta con articular una teoría explicativa de lo real social con una teoría normativa. Lo real que ella explora también está atravesado por la *tensión crítica* que la constituye. La sociología observa el surgimiento de temas críticos en su campo de objetividad, es decir, de temas críticos portados por los actores sociales mismos. Del mismo modo, como lo dice Axel Honneth (2006),

[u]n problema central de la teoría crítica de la sociedad es el de la articulación de una teoría normativa y de una moralidad históricamente situada, si la teoría no quiere contentarse con la afirmación genérica de los criterios morales sobre los cuales ella funda su crítica de la sociedad, ella debe poder evidenciar las formas de moralidad empíricamente eficaces, sobre las cuales se apoya de manera legítima. (p. 203)

Es sobre la eficacia política que, en una tercera dimensión, se debe poner el acento. El sociólogo se articula con la crítica de los actores y colabora, del mismo modo, a la transformación de la sociedad. Esta conexión persigue a la sociología crítica, desde la formulación del proyecto marxista (desde la onceava tesis). Si la sociología es crítica, es porque ella coloca la cuestión de la *realización* del ideal (de justicia, de igualdad, de desarrollo, de emancipación, etc.). Se puede decir, de esta manera, que el sociólogo crítico *toma posición*, interviene y participa en el debate (y en la práctica) de los actores mismos. Ahora bien, ¿el sociólogo conoce *mejor* que los actores el alcance de la crítica legítima?, por consiguiente ¿él mismo debe dirigir la acción? O, por el contrario ¿puede adoptar una actitud de humildad y, por así decirlo, secundaria en relación con los actores? ¿Debe el sociólogo dejarse conducir por los actores?, o ¿hay que hablar de cooperación democrática entre sociólogos y actores?

Todas estas preguntas remiten a un segundo eje del proyecto de sociología crítica. Es sobre este eje que puede ser encontrada una respuesta a la segunda objeción a la crítica sociológica recordada anteriormente: la objeción moral y política. El elitismo del crítico

exterior no puede ser evitado más que por la elaboración práctica de un vínculo respetuoso con la crítica social en acto. En efecto, simplificando, se puede enunciar el problema de la relación entre crítica sociológica y crítica social bajo la forma de una alternativa.

Por un lado, se puede concebir esta relación como una relación de instrumentalización que puede ir en dos direcciones. En un sentido, son los actores sociales quienes supuestamente cumplen lo prescrito por la teoría. En ese caso, el sociólogo indica una dirección normativa; la crítica social debe tomar el relevo de esta indicación y, en consecuencia, transformar el mundo. Se admitirá que toda una parte de la sociología marxista o una parte de la sociología feminista no escaparon a esta trampa.

Al revés, el sociólogo puede ponerse *al servicio* de los actores, especialmente cuando estos son ricos y poderosos (pero no únicamente). La teoría se convierte en el instrumento de una práctica. Se adivina que esta situación conduce irremediablemente a la confusión del sociólogo y de la del ideólogo. Una sociología que *racionaliza* (en sentido freudiano) una práctica no es más defendible que una práctica social instrumentalizada por un saber teórico supuesto.

Incluso si esta relación de instrumentalización nos parece hoy indefendible, es difícil de extraerse por razones tanto intelectuales como sociales. Con respecto a las primeras, para concebir otra relación teoría-práctica, hay que disponer de un concepto de cooperación no estratégico, no instrumental. Esto no es evidente en las sociologías críticas que tienen una tendencia endémica a sobre-dimensionar la categoría de "dominación" al punto que ella viene a saturar su visión del mundo hasta incluir aquella de su propia práctica. Con respecto a las segundas, la situación del sociólogo es, frecuentemente, sobredeterminada por las relaciones estratégicas. Depende de demandas sociales (públicas y privadas) y es limitado en sus medios; él mismo es miembro de un grupo y tiene tendencia a utilizar su ciencia para hacer avanzar sus propios intereses.

La alternativa a esta concepción instrumental consiste en establecer una *articulación* entre crítica social y sociología crítica. Evidentemente, debemos entonces disponer de una teoría de la comunicación social y sociológica que den cuenta de las capacidades reflexivas de los sociólogos-actores y de los actores-sociólogos.

Una comunicación se establece entre el sociólogo y el actor que, como lo sugiere Thomas McCarthy, supone que los dos envuelven las posturas del observador y del participante:

La clave para evitar tanto el punto de vista del "que está dentro" (*insider*) puro como del "que está fuera" (*outsider*) puro es [...] adoptar la perspectiva de un participante crítico-reflexivo. Como no hay un ojo-de-Dios disponible para nosotros, no podemos hacer nada mejor que movernos hacia adelante y hacia atrás entre diferentes puntos de vista. (Couzens-Hoy y McCarthy, 1994, p. 81)

En un sentido, se puede acreditar a Alain Touraine y a sus discípulos el hecho de haber formalizado, con una eficacia particular —por medio del método de intervención sociológica—, una versión metodológica posible de este diálogo del observador y del participante. Pero otras versiones son posibles según los contextos, sus interrogantes y los proyectos teóricos.

El sociólogo crítico prolonga dialógicamente y da una forma teórica a las interrogantes que están ya en marcha en una forma de vida y que son comprometidas en el proceso de transformación pasando (o no) por conflictos importantes. Esto no implica del todo que la sociología crítica sea trivializada al punto de consistir en un punto de vista de un actor entre otros. Entre el discurso del sociólogo y aquel de los actores, dos diferencias perduran, dos cortes se mantienen insuperables.

De entrada, hay una diferencia de intervalo: el sociólogo crítico dispone, en relación a los discursos y prácticas *locales*, de posibilidades de conexión con otras realidades externas, aparentemente lejanas, que arrojan nueva e informada luz sobre los contenidos normativos y explicativos estudiados. Se puede decir que, al contrario de la crítica hermenéutica defendida por Michael Walzer (1990), el sociólogo crítico deslocaliza la crítica social, busca despojarla de sus idiosincrasias y asciende en generalización (*monte en généralité*).

Es capaz de proponer comparaciones instructivas, en el tiempo y el espacio, tanto en el plano normativo como en el plano explicativo. Es capaz de establecer las conexiones de mediano y largo alcance entre las prácticas locales y las prácticas sociales invisibles para los actores locales. Otorga a la crítica social un alcance más general que

no tendría por sus propias fuerzas. El sociólogo debe mostrar que una situación en una empresa no se encuentra desvinculada, causal y normativamente, de una situación en una escuela o en un hospital o en una oficina pública; que las conexiones causales pesan, hacia arriba, sobre esas situaciones; que los debates normativos locales, realizados en la lengua de los actores, no son ajenos a la relación con el derecho universal ni poco importantes para la avanzada de los discursos emancipadores mucho más globales. Ninguna empresa científica es en realidad posible sin una cierta pretensión de generalidad e incluso de *sistema* (incluso si sabemos desde Immanuel Kant que conviene mantener la mirada sistematizada en el estado de ideal regulador).

En segundo lugar, la validez del discurso de la sociología crítica no apunta únicamente a los actores sino *también* a los sociólogos. Un sociólogo es miembro de una comunidad de investigación que comparte, como lo mostraba Thomas Kuhn, paradigmas y programas de investigación. Los regímenes de prueba, los principios de explicación legítimos, las discusiones normativas se despliegan en esta comunicación científica. El medio de comunicación sociológica es el de la exposición científica, el del artículo y el del libro, no el del manifiesto o el del comunicado del partido. El diálogo con el actor no es solo el diálogo en el que se compromete el sociólogo crítico; este diálogo *externo* es mediatizado por el diálogo *interno* en la comunidad de los sociólogos.

En resumen, por estos dos rasgos —mirada de generalización explicativa y normativa y régimen de validez en una comunidad científica—, la sociología crítica sigue formando parte, con pleno derecho, del espacio científico. Resumiré esto diciendo que la diferencia entre sociología crítica y crítica social no puede, por lo tanto, ser reducida a una diferencia entre observador y participante porque las posiciones se intercambian en nudos reflexivos. Se trata más bien de una distinción entre regímenes pragmáticos de discursividad. Las fronteras entre estos dos tipos de regímenes son, como siempre en el medio del lenguaje, porosas y permiten continuidades semánticas, a pesar de los cambios de regímenes pragmáticos de validez.

### **El sociólogo crítico en la comunicación pública**

La intervención del sociólogo crítico es muy compleja. Se desempeña pragmáticamente en la interacción de dos grandes escenas: la primera es estrictamente científica (o académica); la otra es externa a la ciencia. Todo el interés de la conceptualización de Michael Burawoy es el de haber descrito en términos comunicacionales —más que en términos de contenido semántico— los espacios de despliegue de la sociología. La sociología supone, cierto, un espacio de discusión académica, científica, diferenciada en relación al resto de la sociedad. Sin embargo, el sociólogo interviene en tres arenas de comunicación no académica: 1) el espacio público general; 2) los públicos *orgánicos*; y 3) el espacio de discusión de los expertos sobre las cuestiones políticas. Conviene distinguir estos tres espacios de comunicación para entender los intereses plurales de la intervención del sociólogo en la sociedad.

Sobre el espacio público general mediatizado por la prensa escrita y los medios electrónicos (televisión, radio, internet), la intervención del sociólogo crítico consiste en aportar, en la medida de lo posible, un punto de vista distanciado y también sistemático sobre los debates del interés público que retoma de la agenda pública o que esta provoca. Se compromete entonces en la discusión como un ciudadano que, aunque muy informado, sigue teniendo el mismo derecho que los demás.

Sin embargo, la intervención del sociólogo en el espacio público no puede quedarse en esta dimensión por completo *tradicional*, como lo reconoce Michael Burawoy. El problema fundamental es el de identificar los obstáculos implícitos y ocultos en la comunicación. Incluso, en las democracias avanzadas, muchos obstáculos interfieren una deliberación libre. Hay condiciones de acceso al espacio público que hacen inefables ciertos mensajes. Estos pueden ser las condiciones estéticas (como la gramática de los medios de comunicación); las condiciones de codificación lingüística, inaccesibles a ciertos grupos y ciertos intereses; la dictadura de la *agenda setting* mediática, que excluye, de manera duradera, del espacio público ciertos problemas de la vida colectiva. La comunicación mediática obedece a los mecanismos de *framing* y de *priming* que no violan,

cierto, los principios de libertad de expresión y de discusión, pero que limitan especialmente su alcance (Bohman, 2000).

En segundo lugar, Michael Burawoy subraya la existencia de una sociología pública que él llama *orgánica*. El sociólogo se liga entonces a los públicos particulares. Beneficia su surgimiento, contribuye a darles una identidad, participa en su defensa e ilustración frente al resto de la sociedad. Esta relación con los públicos no es necesariamente instrumental (aunque puede convertirse en ello). Así, se puede reconocer una auténtica relación de fecundación recíproca entre ciertos sociólogos y el movimiento obrero, como también entre sociólogas feministas y el público de mujeres. En estrecho diálogo, el sociólogo y el actor construyen un punto de vista deliberadamente situado, normativo y explicativo sobre el mundo social.

Encontramos aquí una preocupación constante de toda la tradición sociológica crítica desde el marxismo: ¿cómo dar voz a los *sin-voz* —otorgar sentido a aquello que es definido en el código dominante como no-sentido, falta, fallo, insuficiencia— contribuye al surgimiento de un público activo allí donde no se encuentran más que individuos pasivos y atomizados? El sociólogo crítico puede hacerse el *portavoz* de los sufrimientos sociales, como lo propone Emmanuel Renault —véase en especial la discusión propuesta por Alain Loute y Laurence Blésin (2010) sobre este particular—. También puede acompañar a los públicos ya constituidos conscientemente como actores colectivos; el marxismo se aliaba al proletariado. Alain Touraine ha desplazado el interés sobre la multiplicidad de los movimientos sociales por un nuevo desplazamiento; el sociólogo crítico se liga hoy a los colectivos en red en los que las formas de compromiso crítico toman características muy diferentes a aquellas del militatismo *industrial*. Frecuenta la constelación de los *sin* (sin-papeles, sin-empleo, sin-vivienda), de los *alter* (alter-mundialistas, alter-consumidores) y de los *indignados*. Propone conceptualizaciones de emergencias intermitentes donde se elabora la crítica social contemporánea.

En fin, el sociólogo crítico interviene en la escena de los expertos que contribuyen, por sus discusiones, a la solución de los problemas públicos. La contribución del sociólogo a estas discusiones es demasiado conocida y no merece ser argumentada. Al lado del

jurista, del psicólogo, del economista, el sociólogo aporta su conocimiento de lo social. Pero ¿qué aporta, específicamente, el sociólogo crítico? Sugeriría que su aporte decisivo consiste en hacer valer una relación compleja con la normatividad.

De un lado, apoyado sobre el primer eje que hemos descrito, rechaza intervenir en un debate de expertos en nombre de una ciencia "neutra", de un saber de hechos. Sabe y recuerda que los hechos no son cosas que están puestas allí afuera, de lo real, sino que son signos que colaboran en un discurso selectivo sobre lo real, como dice Jeffrey Alexander (2011). Conoce la parte normativa que envuelve toda construcción de objetividad. Por tanto, pide que esta parte de normatividad no sea eliminada, pero que sea *explicitada* y *puesta en debate* del mismo modo que —y en conexión con— las descripciones y las explicaciones del mundo avanzadas por los expertos.

Del otro lado, rechaza también el establecimiento de una relación instrumental con los actores sociales. Entre la normatividad interna del punto de vista experto y la normatividad interna de las prácticas sociales, pide que la comunicación y la discusión sean establecidas. Puede suministrar, sobre ese particular, preciosos instrumentos metodológicos porque ha hecho de esa relación una especialidad epistémica. Desde ese punto de vista, la intervención de la sociología crítica en los procedimientos de decisión de las sociedades complejas es parecida a una demanda de un crecimiento de democracia.

### Conclusión

En conclusión, tres grandes dimensiones están asociadas a la sociología crítica. La primera es de origen *aufklärer* y kantiano. Se encuentra asociada a la idea misma de ciencia no dogmática. La segunda apunta a la tradición hermenéutica y pragmática; hace comunicar los contenidos normativos y los contenidos constatativos en un lenguaje común, con el lenguaje evaluativo, en el que el uso válido supone la movilización explícita de una doble base, cognitiva y normativa. La tercera dimensión encuentra su raíz en la impulsión joven-hegeliana que, por medio de Karl Marx, irriga a la mitad de la sociología: se trata de transformar el mundo, es decir, de ligar

teoría y práctica. El problema es superar una relación instrumental entre sociólogos y participantes para llegar a una cooperación reflexiva que permita al sociólogo contribuir a la transformación social sin imponer nada.

El asunto clave de la sociología crítica consiste, por lo tanto, en el ajuste complejo de esas tres ambiciones fundamentales: explicar, evaluar, intervenir. Esta articulación debe respetar el desarrollo de cada polo, pero sobre todo la coordinación entre los tres. Esto nos permite identificar las dos *enfermedades infantiles* de la sociología crítica:

1. El aislamiento de las dimensiones epistemológica y normativa en relación a la dimensión práctica. Si el observador-sociólogo se separa de la crítica social —la objetiva como una exterioridad—, corre el riesgo de producir —como lo dice Didier Lapeyronie sobre Pierre Bourdieu y su escuela<sup>8</sup>— “una sociología que es pensada a partir de su exterioridad y de su proyección, nunca como el producto de un diálogo con los actores sociales” (Lapeyronie, 2004, p. 628). Esto genera un idealismo entendido como “un universo conceptual o teórico ‘autogenerado’ que impone sus propias significaciones a la realidad social sin entrar en diálogo con ella” y, por lo tanto, un elitismo del sociólogo (Lapeyronie, 2004, p. 646).
2. El aislamiento de las dimensiones normativa y práctica en relación a la dimensión cognitiva es la segunda enfermedad infantil en la que puede caer el sociólogo crítico. Su inquietud de *seguir a los actores críticos* y de contribuir a sus luchas lo transforma en militante. El momento del compromiso prima y sobredetermina el momento cognitivo: busca reconstruir los valores inmanentes en la práctica de los actores y esclarecer la coyuntura política en la que ellos evolucionan. Entonces, el sociólogo pierde su capacidad de distancia cognitiva que permite producir conocimientos nuevos. Una exposición sociológica se parece entonces a un manifiesto y la sociología se desacredita como actividad científica.

.....

8 Pero no escapa a nadie que esta crítica puede dirigirse también a la primera escuela de Fráncfort.

Cualesquiera que sean esas dificultades, el proyecto de una *sociología crítica* sigue siendo la principal vía de la imaginación sociológica del siglo XXI. Se renueva hoy en favor de revoluciones paradigmáticas que han introducido la hermenéutica y el pragmatismo en su corazón. Nadie duda que no ha terminado de desempeñar el papel de potencia generativa de programas sociológicos originales.

### Referencias

- Albert, H. (1987). *La sociologie critique en question*. París: Presses Universitaires de France.
- Alexander, J. (2011). Facts-Signs and Cultural Sociology: How Meaning-Making Liberates the Social Imagination. *Thesis Eleven*, (104), 87-93.
- Benhabib, S. (1986). *Critique, Norm, and Utopia: a Study of the Foundations of Critical Theory*. Nueva York: Columbia University Press.
- Berger, P. L. (2006). *Invitation à la sociologie*. París: La Découverte.
- Blésin, L. y Loute, A. (2010). *Nouvelles vulnérabilités, nouvelles formes d'engagement. Critique sociale et intelligence collective*. EuroPhilosophie (Bibliothèque de philosophie sociale et politique). Recuperado de [http:// www.europhilosophie-editions.eu](http://www.europhilosophie-editions.eu)
- Bohman, J. (1996). Critical Theory and Democracy. En D. R. Rasmussen (dir.), *Handbook of Critical Theory* (pp. 190-215). Oxford: Blackwell Publishers.
- Bohman, J. (2000). "When Water Chokes": Ideology, Communication and Practical Rationality. *Constellations*, 7(3), 382-392.
- Boltanski, L. (1990). Sociologie critique et sociologie de la critique. *Politix*, 3(10-11), 124-134.
- Boltanski, L. (2009). *De la Critique: précis de sociologie de l'émancipation*. París: Gallimard.
- Boudon, R. (2002). ¿À quoi sert la sociologie? *Cités*, 10(2), pp. 133-156.
- Burawoy, M. (2005a). 2004 Presidential Adress. For Public Sociology. *American Sociological Review*, 70, 4-28.
- Burawoy, M. (2005b). The Critical Turn to Public Sociology. *Critical Sociology*, 31(3), 313-326.

- Cassiers, I. (2011). *Redéfinir la prospérité. Jalons pour un débat public*. Paris: De l'Aube.
- Cassirer, E. (1966). *La Philosophie des Lumières*. Paris: Fayard.
- Clam, J. (1995). Phénoménologie et droit chez Niklas Luhmann. De la déphénoménologisation de la sociologie à la dépolémisation du droit. *Archives de philosophie du droit*, (39), 335-377.
- Couzens-Hoy, D. y McCarthy, T. (1994). *Critical Theory*. Cambridge: Blackwell Publishers.
- De Munck, J. y Zimmermann, B. (2008). *La Liberté au prisme des capacités. Amartya Sen au-delà du libéralisme*. Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Haber, S. (2009). *L'Homme dépossédé. Une tradition critique, de Marx à Honneth*. Paris: Entre National de la Recherche Scientifique.
- Honneth, A. (2006). *La Société du mépris: vers une nouvelle théorie critique*. Paris: La Découverte.
- Honneth, A. (2007). *La Réification. Petit traité de théorie critique*. Paris: Gallimard.
- Jay, M. (1984). *Marxism and Totality: the Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*. Cambridge: Polity Press.
- Lakatos, I. (1978). *The Methodology of Scientific Research Programs. Philosophical Papers*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lapeyronie, D. (2004). L'académisme radical ou le monologue sociologique. ¿Avec qui parlent les sociologues? *Revue française de sociologie*, 45(4), 621-651.
- Livet, P. (1999). Le statut de l'explication en sociologie. En N. Ramognino y G. Houle (dirs.), *Sociologie et normativité scientifique* (pp. 111-147). Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- Lynch, M. (2000). Against Reflexivity as an Academic Virtue and Source of Privileged Knowledge. *Theory, Culture and Society*, 17(3), 26-54.
- Ott, M. (2006). The Notion of the Totally "Other" and its Consequence in the Critical Theory of Religion and the Rational Choice Theory of Religion. En W. Goldstein (dir.), *Marx, Critical Theory and Religion* (pp. 121-150). Leiden: Koninklijke Brill.

*Las tres dimensiones de la sociología crítica*

- Sayer, A. (2000). *Realism and Social Science*. Londres: Sage Editions.
- Stavo-Debaugé, J. (2011). De la critique: une critique. Sur le geste "radical" de Luc Boltanski. Recuperado de <http://espacestemps.net/document8658.html>
- Taylor, C. (1985). *Philosophical Papers. Philosophy and the Human Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Walzer, M. (1990). *Critique et sens commun*. París: La Découverte.

Muestra de cortesía.  
Prohibida su venta  
o reproducción